

ENSAYOS SOBRE
TRANSPARENCIA
Y BUEN GOBIERNO



Unica Jocococeria S. Francisco

Emprendedores contra la mafia

JAVIER MARTÍN CAVANNA

Emprendedores contra la mafia

JAVIER MARTÍN CAVANNA



CC - Reconocimiento – Compartir Igual



Licencia Creative Commons (bienes comunes creativos) con reconocimiento de autoría y a compartir en idénticas condiciones

© Haz Fundación. Febrero 2021

Haz Fundación tiene como misión fortalecer la confianza de la sociedad en las instituciones y empresas impulsando el buen gobierno, la transparencia y el compromiso social

Haz Fundación

C/ Goya, 48, 1º izquierda. 28001 Madrid · T: + 34 91 431 37 02. F: +34 91 575 61 64
www.hazfundacion.org · info@hazfundacion.com

“Los preceptos generales aprendidos de sacerdotes o de filósofos, o que pueden hallarse en nosotros mismos, nunca son tan eficaces como un ejemplo de virtud y santidad”.

IMMANUEL KANT
Crítica del juicio, XXXII

Para los colegas de los
encuentros de san Telmo, para
los que nos han dejado y para los
que se nos unirán en el futuro.

Para todos los colaboradores
y amigos que hacen posible la
continuidad de nuestro trabajo,
con agradecimiento

Presentación

Este breve ensayo cuenta la historia de Libero Grassi, un pequeño empresario de la ciudad de Palermo que en el año 1991 se negó a dejarse extorsionar por la mafia y denunció públicamente el chantaje en los medios de comunicación. La respuesta de esta no se hizo esperar y, seis meses más tarde, Grassi murió asesinado por dos sicarios.

Su muerte inspiró a un grupo de estudiantes de Palermo a poner en marcha en el año 2004 un movimiento cívico, denominado Addiopizzo, con el fin de denunciar las extorsiones de la mafia, solicitar a los empresarios que renunciasen a pagar a la organización criminal la “protección” (denominado *pizzo* en el sur de Italia) y convencerles de que hiciesen público su rechazo.

La conducta de Libero Grassi plantea la incómoda cuestión de ¿hasta dónde debe llegar el compromiso ético de un empresario? Es una pregunta que no tiene una contestación sencilla. Desde el punto de vista de las consecuencias, la respuesta parece más simple cuando el empresario es sometido al chantaje de políticos o funcionarios para acceder a determinados contratos o licitaciones. Rechazar esas propuestas tiene siempre un coste, pero en estos casos la pérdida es simplemente económica. Ahora bien, qué conducta es exigible cuando lo que está en juego es la propia vida.

En España hemos convivido bastante tiempo con esta situación. Durante más de cuarenta años ETA impuso a los empresarios vascos el *impuesto revolucionario*. Este método de extorsión incluía el envío de cartas amenazantes a los empresarios vascos, en las que se exigía el pago de una determinada cantidad de dinero a cambio de que su patrimonio e incluso su integridad física no corriesen peligro.

Se estima que aproximadamente diez mil empresarios sufrieron la extorsión de ETA desde principios de la década de los setenta hasta marzo de 2011, momento en que la banda criminal anunció que renunciaba a la extorsión. Aunque se desconoce cuántos empresarios llegaron a “colaborar” (diferentes estudios apuntan a un porcentaje entre el 5 y el 15%), lo que parece claro es que “quienes lo hicieron fueron suficientes para garantizar la financiación de la actividad armada durante casi medio siglo; sin esas cesiones, la banda no habría podido subsistir ni actuar”¹.

Salvando las diferencias políticas, históricas y culturales que puedan existir entre la mafia siciliana y el grupo terrorista ETA, lo cierto es que en el País Vasco no surgió durante el período de extorsión de la banda criminal ningún Libero Grassi, ni tampoco irrumpió un movimiento similar al de Addiopizzo, impulsado por jóvenes estudiantes.

Las razones que explican esta disparidad de reacción frente a la extorsión probablemente son múltiples y cuestionables, por eso nos parece tan importante dar a conocer la historia de Libero Grassi y Addiopizzo. Es un relato que nos invita a la reflexión, nos proporciona luz y nos impulsa al cambio.

1. Sáez de la Fuente, I. (ed.), “Misivas del terror. Análisis ético-político de la extorsión y la violencia de ETA contra el mundo empresarial”, Edit. Marcial Pons, pág. 18.

Libero Grassi, ciudadano de Palermo

Libero Grassi es un nombre que probablemente sugiera poco a quien lo escuche en España, pero cualquier italiano de bien sentirá una punzada en el corazón y un sano orgullo al reconocer a un compatriota llamado así, que no tuvo miedo de enfrentarse a la mafia siciliana, aun a sabiendas de que estaba jugando con la muerte.

Libero Grassi nació en Catania en el año 1924 y a los ocho años se trasladó a Palermo con su familia. Los padres le dieron el nombre de Libre (*Libero*) en recuerdo de Giacomo Matteotti, el político socialista asesinado en el año 1921 por los fascistas. En 1942 se trasladó a Roma para estudiar la carrera de Ciencias Políticas, pero la guerra interrumpió sus estudios. Cuando finalizó la contienda regresó a Palermo y comenzó la carrera de Derecho. Tras terminarla, se incorporó a Sigma, la empresa textil familiar que confecciona ropa de cama y pijamas para hombres.

La vida de este empresario concienzudo y responsable, que logró crear una empresa de tamaño medio y dar empleo a cien trabajadores durante más de cuatro décadas, cambió el 10 de enero de 1991. Ese día Grassi envió una carta al *Giornale de Sicilia*², el principal diario de la isla, para hacer público su rechazo al *pizzo* que le acababan de exigir. Con ese nombre, “pizzo” (contribución) llaman en Sicilia a la extorsión que la *Cosa Nostra* exige a la mayoría de los negocios, a cambio de protección a cuenta de la mafia, y que se utiliza para pagar los gastos de los mafiosos encarcelados.

Caro estortore

Grassi, con ironía, encabezaba su misiva con el saludo “Querido extorsionador” (*Caro estortore*) y le advertía que se “ahorre las

2. <https://www.addiopizzo.org/index.php/il-giornale-di-sicilia-pubblica-la-lettera-al-caro-estortore/>.

llamadas de amenaza y los gastos en balas y explosivos, pues no estoy dispuesto a pagar la extorsión y me he puesto bajo la protección de la policía. He construido esta empresa con mis manos, trabajo de toda una vida, y no quiero cerrar (...). Si pago los 50 millones ahora, luego me pedirán más y estaré condenado a cerrar la empresa en poco tiempo. Por eso he dicho que no al Geómetra Anzalone [el intermediario de la mafia] y diré que no a todos aquellos que sean como él” (*Giornale di Sicilia* del 10.01.1991).

Al día siguiente Mario Jovine, el prefecto de Palermo, acompañado por la policía y escoltado por los medios de comunicación se presentó en la fábrica. El prefecto le ofreció a Grassi protección y éste la rechazó, pero solicitaba que se protegiera a la empresa y a sus empleados. Frente a las cámaras de la televisión, Libero entregó al prefecto la llave de su empresa, simbolizando así que desde ese momento quedaba bajo la protección y responsabilidad de las fuerzas de seguridad del Estado. Cuando los periodistas le comentaron que su gesto es “muy valiente”, él contestó con sencillez que “le parecía algo normal”.

Con esta puesta en escena, el empresario palermitano buscaba, por una parte, hacer pública su decisión de rechazar la extorsión de la mafia. Pero su finalidad era además persuadir a los ciudadanos de Palermo de la trascendencia que pueden tener los actos ordinarios cuando adquieren proyección pública. Grassi era consciente del peso que tienen los *mass media* para airear las realidades que permanecen ocultas. “Yo creo en los periodistas”, sería una frase que repitiera con frecuencia. Sin embargo, con esa publicidad, no pretendía enaltecer su persona. Su intención no era hacerse pasar por un héroe, sino presentarse ante la sociedad como “una persona normal”, “un padre de familia que solo desea trabajar honradamente”, “un empresario preocupado por el futuro de su empresa”.

Su aspecto no llamaba la atención. Tenía una empresa de tamaño medio. Vivía desahogada pero modestamente. Se expresaba sin aspavientos. Sonreía. Nunca levantaba la voz, aunque cuando quería resaltar una idea hablaba con un cierto tono magisterial, como si buscara asegurarse que su interlocutor ha comprendido el significado de lo que está diciendo. Sus intervenciones ante los medios solían ser muy profundas, hasta el punto de que sus interlocutores no siempre le comprendían, debido a lo elevado de sus reflexiones. Su figura estaba más próxima a la de un filósofo que a la de un político y, por supuesto, muy alejada de la imagen tradicional del empresario. Un filósofo preocupado por su ciudad, por el alma de su ciudad –eso parecía Grassi–. Y al igual que Sócrates se veía a sí mismo como un tábano cuya misión era clavar el agujón en sus conciudadanos para que despertaran y se enfrentaran a la verdad desnuda.

Pero si algo teme la mafia es perder el control de la ciudad. El clan Madonia, bajo cuyo control se encontraba el barrio de Resuttana, donde se localizaba la empresa de Grassi, consideró la denuncia pública del empresario como una auténtica declaración de guerra. El clan Madonia era un grupo violento y militarizado cuyo *capo*, Francesco Ciccio Madonia³, se encontraba condenado a cadena perpetua por asesinato tras el Maxiproceso di Palermo⁴. Los Madonia, dirigidos en aquel momento por Antonini y Salvatore, los hijos de Ciccio, habían sido uno de los principales apoyos de Totò Riina, el sanguinario *capo di capi* corleonese que había llegado hasta lo más alto de la cúpula de la *Cosa Nostra*.

Tras la denuncia de Grassi, el clan no permanece callado y le hace llegar varios mensajes. El primero es una pareja de falsos

3. https://es.wikipedia.org/wiki/Francesco_Madonia.

4. https://it.wikipedia.org/wiki/Maxiprocesso_di_Palermo.

inspectores de sanidad que intentan intimidarle sin conseguirlo. Unos meses más tarde la policía detiene a varios sicarios mientras intentan poner un explosivo en la fábrica.

Libero se mantiene firme, pero en lugar de despertar la solidaridad desencadena reacciones muy hostiles por parte de sus conciudadanos. Salvatore Cozzo, presidente de Assindustria en Palermo, la principal organización empresarial, niega que las extorsiones a los establecimientos sean una práctica extendida en la ciudad y acusa a Grassi de proyectar una imagen muy negativa de los empresarios y de Sicilia. Luigi Ruso, un juez instructor de Palermo, declara en una sentencia que no siempre puede considerarse un delito pagar la protección a los mafiosos, pues si los empresarios no pagan sus establecimientos pueden sufrir daños y la industria podría colapsar.

***Samarcanda* y el consenso**

El 11 de abril Grassi es invitado a participar en el programa de la Rai 3, *Samarcanda*⁵, dirigido por Michele Santoro, un espacio televisivo de entrevistas de gran audiencia en toda Italia.

“¿Por qué se niega pagar el *pizzo*, si lo paga el 90% de los comerciantes?”, le pregunta Santoro. La contestación de Grassi es clara y directa: “No quiero pagar porque es un atentado contra mi dignidad de empresario y porque no quiero consultar mis decisiones con la mafia”.

Libero no desea poner el foco en su caso particular sino dirigir la mirada sobre el estado general de la sociedad; por eso llama la atención sobre un hecho que, aun siendo obvio, no se le presta la debida importancia:

“Se ha hablado de la primacía de la ley, de la primacía de la política, de la primacía de la moral. Pero hay una primacía más importante que es la formación del consenso que, además, es el alma de la mafia. Lo primero que controla la mafia es el consenso. Lo decisivo no es la ley, ni la política, ni la moral, sino el consenso de la ciudadanía. Si los políticos tienen un consenso malo, harán una ley mala. Debemos cuidar la calidad del consenso. La mafia en Sicilia es el principal interlocutor en el terreno político, ya que dispone de los votos, dispone de los recursos y se ha infiltrado en la Administración, convirtiéndose en el grupo dominante”.

La batalla de Grassi es política y, con sus declaraciones, quiere hacer un llamamiento a la ciudadanía para que recupere el espacio político, que ahora ocupa exclusivamente la mafia. Grassi

5. <https://www.youtube.com/watch?v=CjYf1z5dYAI>.

sostiene que terminar con la mafia no es una empresa especialmente difícil. La mafia necesita la aquiescencia de la ciudadanía para sobrevivir, si la sociedad le retirase su apoyo, un apoyo pasivo pero real, su poder se disolvería como un azucarillo en el café. No hay nada más poderoso que la acción y el discurso concertado de los ciudadanos. Nada puede hacer la fuerza y la violencia contra esa unión de voluntades.

Pero la llamada de Grassi apenas recibe respuesta por parte de sus colegas. Confindustria, la principal organización empresarial, le da la espalda. Algunos conocidos y amigos le retiran el saludo o procuran evitarlo. Mientras la prensa extranjera (*The New York Times*) se hace eco de su historia, los diarios locales lo ignoran. En el Consejo Comunal de Palermo se convoca una reunión para hablar de este tema, pero apenas acude nadie.

En una nueva carta publicada en el *Corriere della Sera*⁶ el 30 de agosto de 1991 declara que “el único apoyo a mi denuncia, dejando a un lado la policía, ha venido de Confesercenti”, la asociación de la pequeña y mediana empresa de Palermo. En esa misma carta tacha de “escandalosa” la reciente sentencia del juez Luigi Ruso, el 4 de abril de 1991, donde afirmaba que no era delito pagar la “protección” a los jefes mafiosos.

Pero Grassi no llega a ver publicada la carta, pues un día antes, el 29 de agosto, a las 7.36 minutos de la mañana, mientras se dirige a trabajar, recibe cinco balazos que terminan con su vida. La sentencia la ejecuta Salvatore Madonia, el hijo de Ciccio Madonia. Las televisiones transmiten la imagen de su cuerpo abatido en Via Vittorio Alfieri, una imagen en la que destacan unos pies calzados con unas sencillas sandalias franciscanas.

6. https://www.addiopizzo.org/public/lettera-grassi_30-08-1991.pdf.

El día de su funeral una gran multitud de ciudadanos acompaña al cortejo. Su hijo, Davide Grassi, que llevaba el ataúd a hombros junto con otros familiares y amigos, sorprende a todo el mundo cuando levanta el brazo haciendo la señal de la victoria con los dedos, un mensaje claro a la mafia de que no han vencido ni vencerán.

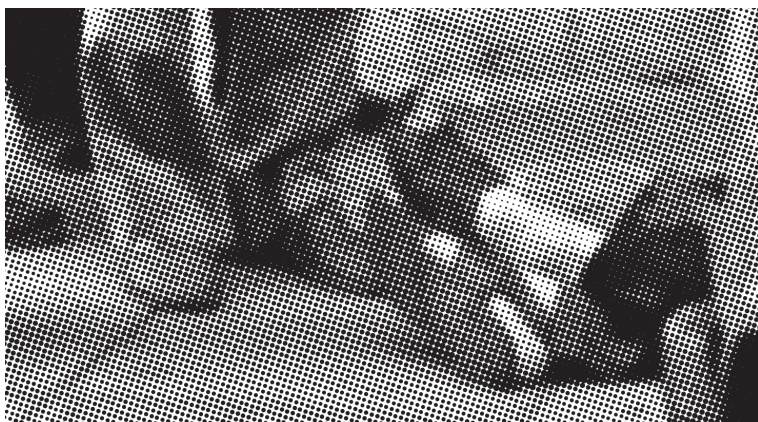


Imagen donde se muestra el cuerpo abatido de Libero Grassi.

El *pizzo* o la sutil extorsión

El *pizzo* forma parte integrante de la cultura siciliana y de la economía de sus ciudades. Gracias al *pizzo* la mafia obtiene enormes recursos. Además, es el medio que utilizan los diferentes clanes para “marcar su territorio”. Todo el mundo debe pagarlo, y todos lo han venido pagando, puntual y religiosamente.

De acuerdo con la Direzione Investigativa Antimafia (DIA), la policía italiana especializada en la lucha contra la mafia, en el año 2010 cerca del 80% de los establecimientos comerciales en Sicilia pagaban el *pizzo* a los diferentes clanes. Los pagos mensuales en la ciudad de Palermo van desde 60 euros por un pequeño establecimiento callejero en el mercado hasta 10.000 euros por la construcción de un edificio de cinco pisos.

El *pizzo* se suele presentar bajo la apariencia de una petición de ayuda. Se trata de vestir el chantaje con un ropaje de legitimidad. Por eso, el primer contacto para solicitar “ayuda”, se inicia siempre con un gesto amigable. Inicialmente no es necesario ser mucho más explícito, entre otros motivos porque los extorcionados (benefactores, en el lenguaje de la mafia) ya conocen los métodos y captan de inmediato el mensaje. La solicitud se hace llegar mediante una simple llamada telefónica o la visita de algún conocido que sugiere, aconseja, recomienda. Si ese primer intento no obtiene resultados se aumenta gradualmente la presión y la intimidación: un pequeño incendio en el establecimiento, pegamento en las cerraduras de la entrada, amenazas a los empleados... Si la negativa persiste, automóviles y furgonetas, propiedad del empresario o de su empresa, aparecen quemados. La última señal puede ser la cabeza de una res –oveja, carnero– decapitada. La última estación, el asesinato.

Se trata de una extorsión en toda la regla, pero, como todo lo que rodea a la mafia, está impregnado de una cierta ambigüe-

dad. La historia de la *Cosa Nostra* siempre se ha alimentado de mitos que intentan presentarla como un fenómeno cultural, que requiere de ciertos filtros para poder juzgarlo adecuadamente. La propia organización se encarga de alimentar esa imagen romántica y llena de clarososcuros.

Los mafiosos se consideran a sí mismos *uomini d'onore* (hombres de honor), personas que viven con arreglo a un código muy estricto, eso sí, diferente al vigente en la sociedad. No es casual que el origen etimológico de la palabra 'Ndrangheta (la mafia calabresa) derive del término griego *andragathía* (que significa heroísmo), una evidencia que manifiesta la importancia que la mafia concede al hecho de que se le asocie con determinadas virtudes o cualidades. Sus integrantes son gente de orden que tiene un respeto reverencial por la autoridad y la jerarquía. Pero, claro, no se trata del respeto a la autoridad legítima, surgida del consenso de la comunidad política y de la libre obediencia de los ciudadanos, sino de un respeto fundado en el poder que, a su vez, se alimenta del miedo y de la violencia.

Con frecuencia se afirma que la mafia es una organización contraria al Estado. Nada más alejado de la realidad. En la práctica la mafia funciona como un pequeño *Estado* dentro del Estado. Los clanes controlan los respectivos territorios y, como en cualquier Estado, recaudan sus impuestos –en forma de extorsiones–, administran justicia, prestan servicios sociales y supervisan la actividad productiva. Su imagen se acerca más a la de un parásito: necesitan al Estado para poder sobrevivir. A diferencia del Estado, la mafia no realiza ninguna inversión en el desarrollo de las infraestructuras, le basta con infiltrarse gradualmente en los aparatos del Estado y asegurarse su control.

Para la mafia no existe el interés general, solo el interés del clan, de la “familia”. En realidad, la *Cosa Nostra* es el intento de gestionar la “cosa pública” según las reglas de la organización fami-

liar, al frente de la cual hay siempre un *paterfamilias*, bajo cuyo control están todos los bienes y personas que pertenecen a la casa. En una familia, el padre o señor (*despotēs*, en griego) no da razones sino órdenes. Las disputas y los conflictos se resuelven internamente, en el seno de la familia. Nada debe salir a la luz pública. Como en cualquier familia, “los trapos sucios se lavan en casa”. La opacidad y el silencio, la *omertá*, forman parte consustancial de su naturaleza.

Un hombre en tiempos de oscuridad

Mientras el ámbito de la política es el terreno natural del discurso libre y público, la mafia es contraria a cualquier intercambio público de opiniones o enfrentamiento dialéctico. Huye de la claridad, tiene pavor a los focos, pues la luz es lo único que puede terminar con ella.

El pecado de Libero Grassi no fue negarse a pagar la extorsión, sino difundir públicamente que no tenía intención de hacerlo. Gracias a las escuchas telefónicas, se sabe que la decisión del clan Madonia de asesinarlo fue tomada por ese motivo y en contra del parecer de otros clanes.

Decir en público lo que muchos solo se atreven a comentar en la intimidad de sus hogares o en la discreta conversación con los amigos tiene una enorme trascendencia política. Cuando las cosas se exponen a la luz pública adquieren una consistencia real que antes no tenían. Ya no pueden ser ignoradas ni es posible borrarlas de la memoria. Negarlas obstinadamente o tratar de silenciarlas por la fuerza solo contribuiría a hacerlas más patentes. Cuando las palabras o los actos han irrumpido en la plaza pública se aseguran, de alguna manera, su permanencia en el tiempo.

Mientras la extorsión y el chantaje se mantienen en el ámbito de los asuntos reservados no hay manera de luchar contra ellos. Sin embargo, una vez se enciende la luz, no queda más alternativa que confrontarse con ellos. Las palabras y los actos de Grassi fueron, sí, una declaración de guerra contra la mafia, pero sobre todo constituyeron un “chivatazo” al silencio cómplice de una sociedad que no quería ver peligrar la estabilidad de sus familias y de sus negocios.

Una sociedad, por otra parte, constituida en su inmensa mayoría por ciudadanos corrientes, ni especialmente malvados ni particularmente perversos. Personas que llevaban conviviendo con esta situación

desde hacía varias generaciones. Ciudadanos, testigos o víctimas de la extorsión más que ocasionales. Personas que han crecido en una cultura del cuchicheo y llorado las penas en silencio. Miembros de una sociedad que desde tiempo atrás había adoptado como único lema en la vida: la seguridad y esta a cualquier precio.

Esa tranquila seguridad se vio amenazada, de repente, por alguien que no temió asumir las consecuencias de sus palabras y de sus actos, aunque estas le pudieran acarrear la muerte. Alguien que grita a los cuatro vientos que una vida sin dignidad no merece la pena ser vivida. Ser coherente hasta ese extremo tiene siempre algo de milagroso y como todo milagro produce resultados extraordinarios, no se agota en un simple y encendido epitafio por parte de la sociedad. Lo que la historia enseña es que la libre aceptación de la muerte por una causa justa esconde un enorme poder, probablemente el único capaz de cambiar de raíz las cosas.

Somos lo que actuamos y decimos, recordaban los griegos, y tras la muerte nuestras acciones permanecerán o se disolverán en función de su bondad y de su belleza. Una vez iniciadas se insertan en el mundo y adquieren vida propia. Esas acciones pueden estar escondidas, germinando durante mucho tiempo, hasta que un día, no se sabe a ciencia cierta cómo ni por qué, brotan de repente y vuelven a nacer.

Lo que los sicarios de la mafia fueron incapaces de prever es que su víctima no era una víctima más. No se trataba de un ajuste de cuentas contra alguien que simplemente se había negado a pagar una extorsión. La hoja de servicios de la *Cosa Nostra* estaba repleta de este tipo de difuntos. Aquí se enfrentaban con alguien que públicamente les gritaba a la cara que no aceptaba el chantaje cualesquiera que fuesen las consecuencias. Y, simplemente, todavía no se ha inventado un mecanismo que permita doblegar a alguien que está dispuesto a mantenerse en pie a cualquier precio.

Pensar que con el asesinato terminarían con el problema es propio de una organización criminal habituada a confundir la autoridad con la fuerza, la obediencia con la sumisión y la hombría con la violencia. Para la estrecha y pueril mentalidad de los mafiosos Grassi siempre fue un problema que excedió su limitado campo de visión.

La señal de victoria de Davide Grassi mientras portaba a hombros el ataúd de su padre debió de ser una imagen incomprensible para ellos. ¿Fruto de la rabia o del orgullo filial? Es difícil saberlo, pero esa señal terminaría convirtiéndose en un guiño profético. Pero para eso todavía habría que esperar trece años.



El hijo de Libero Grassi haciendo la señal de victoria el día del funeral.

La dignidad de una pegatina

El 29 de junio de 2004 era un día más en la ciudad de Palermo, un martes caluroso que no presagiaba nada especial. Pero, mientras los palermitanos más madrugadores se dirigían con paso cansino a su trabajo, algunos advirtieron unos adhesivos pegados en las farolas y otros lugares visibles del centro de la ciudad. Las pegatinas no llamaban la atención ni por su diseño ni por colorido. Se trataba de un simple papel blanco de medio folio de tamaño con dos sencillas frases en el centro, similar a los que suelen leerse anunciando clases de inglés u ofreciendo un apartamento para compartir.

La diferencia en este caso es que nadie ofrecía clases ni buscaba alojamiento. El contenido era mucho más provocativo. En letras mayúsculas y en negrita se decía: “UN INTERO POPOLO CHE PAGA IL PIZZO È UN POPOLO SENZA DIGNITA”.

Al día siguiente, todos los noticieros regionales abrieron su edición con esta noticia. El fiscal responsable de las investigaciones sobre los delitos de extorsión se reunió con los *carabinieri* para tratar de averiguar quién era el autor de la pegatina; el prefecto de Palermo, Joshua Marino, convocó en la prefectura al comité de orden y seguridad pública, al que asistieron el fiscal general, el comandante provincial de los *carabinieri*, el responsable del ministerio de finanzas y los representantes de las asociaciones empresariales de Confcommercio, Confesercenti y Assindustria.

Tras la reunión tuvo lugar una rueda prensa en la que, como venía siendo habitual, se sucedieron las declaraciones y gestos de cara a la opinión pública. Un representante de Confcommercio anunció que en los próximos días se abriría una nueva línea telefónica para recoger las quejas anónimas (pocas semanas antes Confesercenti había desactivado ante la falta de llamadas y nadie creía que la de Confcommercio tendría mejor suerte). La Cámara de

Comercio, por su parte, anunció la creación de un comité de seguimiento que prestase apoyo a los comerciantes y empresarios.

El hecho de que la pegatina no estuviese firmada despertó las críticas de las principales organizaciones empresariales. El presidente de la Confesercenti, Giovanni Felice, declaró que “no crea consenso una invitación a la rebelión que llega por sujetos que se esconden detrás del anonimato”, y el presidente de Confcommercio, Roberto Helg, manifestó que “hay que evitar iniciativas solitarias que terminan por dividir el frente”. Todo el mundo especulaba quien podría estar detrás de esta iniciativa. La incógnita quedó despejada al día siguiente cuando en una entrevista al *Giornale di Sicilia* y en una carta dirigida a la edición local de *La Repubblica*⁷ se confirmó que la audaz iniciativa no había partido de un conocido comerciante o de uno de los gremios. Sus autores eran siete universitarios veinteañeros.



Pegatina que apareció en el centro de la ciudad el 29 de junio.

7. https://ricerca.repubblica.it/repubblica/archivio/repubblica/2004/06/30/un-adesivo-contro-il-pizzo.pa_053un.html.

Los ragazzi de Addiopizzo

En mayo de 2004 siete amigos recién licenciados de la Universidad de Palermo decidieron poner en marcha un pequeño negocio: un bar donde la gente joven pudiese reunirse y que, al mismo tiempo, sirviese para impulsar proyectos y campañas de sensibilización social en favor de las poblaciones más marginadas.

Los integrantes del grupo pidieron ayuda a un amigo con conocimientos en temas contables y financieros. Este les presentó un plan de negocio en el que se incluía un partida de gastos con el nombre de *rischio dil pizzio*, es decir, la cuantificación del riesgo del pago del *pizzio* a la mafia. Los siete amigos se vieron enfrentados por vez primera a un problema que formaba parte de la vida cotidiana de todos los comerciantes.

Para hacerse una pequeña idea del impacto que tienen las actividades de la mafia en la economía italiana es conveniente saber que los ingresos totales de las diferentes familias mafiosas equivalen a 137.000 millones de euros, lo que equivale al 7% del PIB de Italia. Los ingresos del *pizzio* se calculan en unos 9.000 millones de euros anuales y los comerciantes extorsionados ascienden a más de 160.000. Los últimos informes no solo muestran un creciente incremento de la extorsión sino también cómo se ha ido extendiendo por todas las regiones de Italia (Cfr. Raporto SOS Impresa. “Le mano della criminalità sulle impresa”; XII edición⁸) y adoptando formas cada vez más sofisticadas que tratan de darle una apariencia legal, el llamado “*pizzio in maschera*”, una de cuyas modalidades es obligar a los comerciantes a comprar servicios o productos legales por un precio superior

8. www.sosimpresa.it/userFiles/File/Iniziative/XII_RAPPORTO_SOS_IMPRESA_-_SINTESI_PER_LA_STAMPA.pdf.

al del mercado. Los actos violentos contra los comerciantes y sus establecimientos en Sicilia alcanzaban una cifra cercana a los 15.000 en el año 2004. Estas amenazas podían ir desde el incendio del local o del coche del propietario hasta el homicidio.

Los jóvenes estudiantes eran muy conscientes de estas cifras y datos, pero tras discutir cómo debían proceder llegaron por unanimidad a la misma conclusión: no iban a someterse a la extorsión. Pero una cosa era negarse a pagar y otra, muy diferente, buscar la mejor manera de no hacerlo. Todos conocían la historia de Libero Grassi y tenían muy presente a su viuda, Pina Maiesano Grassi.

Cuando asesinaron a su marido Pina Maiesano lo paso muy mal: “Me quedé con un hijo y una hija y nadie me apoyó. Las asociaciones de empresarios callaron, los partidos políticos se desinteresaron, el Estado me ignoró. Me sentí muy sola. Fueron unos años de mucho desamparo. Hasta que decidí pasar al contraataque”. Después del fallecimiento de su marido fue elegida senadora en las elecciones del 92 e impulsó diversas iniciativas, en recuerdo de su marido, para luchar contra la extorsión.

La confesión pública

En la carta publicada en *La Republica* los jóvenes estudiantes explicaban con detalle los motivos de su iniciativa. Con palabras claras y directas denuncian el encubrimiento colectivo de un sistema de extorsión generalizado y pasivamente consentido: “Hoy se habla poco de la mafia, de la usura y de la extorsión, términos que están cayendo en desuso. Pero nosotros, los sicilianos, sabemos cuál es la verdad: cada pequeño negocio que tiene beneficios, si no es *amico degli amici*, debe pagar dinero para su protección. Todos, sin excepción. Quizás el pago no sea muy grande, pero todos deben pagar para obtener protección. Esto es algo conocido por todos los sicilianos. Y diariamente ignorado”.

Pero la acusación no termina con esta declaración. La carta hace responsable a todos los sicilianos de permitir este expolio injusto. Nadie puede eludir la responsabilidad, pues todos colaboran indirectamente para sostenerla. Y, al igual que Beatriz en la *Divina Comedia* ayuda a Dante a examinar sus pecados antes de pasar del Purgatorio al Paraíso, la misiva comienza un implacable examen de conciencia a la ciudad: “¿Cuando vamos de compras diariamente se nos ha ocurrido pensar que nuestra compra está ayudando a mantener a la mafia? Por supuesto que no, pero así es. Si las panaderías, las tiendas de ropa, estancos, bares, carnicerías, pescaderías, librerías, cines, floristerías, tiendas de juguetes, funerarias, etc., se ven obligadas a pagar dinero para su protección, lo hacen gracias a nuestras compras. Si un porcentaje de los ingresos de los comerciantes se destina a financiar la mafia, un porcentaje de nuestro dinero, aunque sea mínimo, también financia la mafia”.

Inexorable continúan los reproches: “Los comerciantes pagan para que no incendien su negocio o para evitar los actos de intimidación. Todos nosotros también pagamos, tenemos que pagar para *proteger* y acallar nuestra conciencia que nos recuerda

que somos esclavos de un sistema generalizado de prevaricación violenta. Pagamos para olvidar que la red con la que la mafia se sustenta y nos oprime la tejemos nosotros mismos cada día”.

No hay piedad, no hay excusas mientras no se llegue hasta el fondo del corazón. “¿Por qué ocurre esto?”, se preguntan. Y la respuesta constituye un nuevo golpe a la conciencia todavía más intenso. “Creemos que nuestro pueblo ha creado y se somete a la mafia. Es perverso. Se ha convertido en un esclavo de sí mismo. Quizás es que ya no tenemos conciencia de ser un pueblo o, quizás, que no tenemos el valor y la fuerza para serlo”.

La carta continúa su viaje implacable al fondo del corazón, pues no puede haber absolución sin confesión de los pecados. “*Una alta ley de Dios se habría roto, si el Leteo pasase y tal banquete fuese gustado sin ninguna paga del arrepentimiento que se llora*” (Canto XXX, *Divina Comedia*). “¿Por qué todo el mundo paga el pizzo? Reflexionamos sobre esto y nos dijimos, somos un pueblo sin dignidad”.

Ya está, ya se ha reconocido la culpa: “*Cual los chiquillos por vergüenza, mudos están con los ojos gachos, escuchando su falta arrepentidos, así yo estaba*” (Canto XXXI, *Divina Comedia*). Pero, ¡no!; ¡no es suficiente! Falta la penitencia: “No se puede pedir a un ciudadano individual o comerciante que se inmole por la causa. Si todos nosotros nos rebelamos y reaccionamos no habrá más necesidad de héroes o mártires”. *Un intero popolo che paga il pizzo è un popolo senza dignità*: cuando este principio esté en las cabezas y los corazones de todos los sicilianos, ayudándoles a descubrir su dignidad, entonces nos veremos libres del cáncer de la mafia”. Y en ese instante “*me picó tanto el arrepentimiento con sus ortigas, que enemigas me hizo esas cosas que más había amado. Y tal reconocer me mordió el pecho y vencido caí; y lo que pasara lo sabe aquella que la culpa tuvo*” (Canto XXXI, *Divina Comedia*).

La carta es anónima explican: “porque no queremos capitalizar esta iniciativa para convertirnos en *alguien*, sino que esperamos que se sume todo el pueblo. No necesitamos la ayuda de ningún político para hacer esta declaración de principios, sino el apoyo de muchos sicilianos. La responsabilidad de la situación de degeneración en la que vivimos no es solo de los comerciantes, sino de toda la sociedad de la que también ellos forman parte”. Y se despiden con un guiño a Libero Grassi: “somos hombres y mujeres bastante normales, ciertamente algo rebeldes, diferentes, incómodos y soñadores. Ahora tiene la palabra el pueblo de Sicilia”.

Los primeros pasos

Los primeros días, tras el inesperado eco que había tenido la iniciativa, decidieron no dar señales de vida. No ocultaban su temor y prefirieron enfriar el entusiasmo inicial. La carta y las pegatinas expresaban un estado de profunda indignación, pero el grupo de jóvenes rebeldes no había diseñado un plan más allá de manifestar su indignación con la situación.

La estrategia a seguir, sin embargo, fue tomando forma gradualmente y el grupo fue dando señales en los siguientes meses. Tras debatir intensamente cuál sería el siguiente paso, decidieron crear una página web con el nombre de Addiopizzo que sería el canal de comunicación con el exterior. Edoardo Zaffuto, uno de los integrantes del grupo originario, todavía recuerda las rutinas de espía que tuvo que adoptar en los comienzos, yendo disfrazado de un cibercafé a otro para introducir contenidos en la web por miedo a que pudieran ser localizados. “Teníamos la psicosis de ser constantemente vigilados”.

Ese año se había aprobado el artículo 41bis⁹ del código penal que endureció las condiciones penitenciarias de los mafiosos. Los *capo* encarcelados seguían dirigiendo todas sus actividades delictivas desde la cárcel, donde gozaban de una gran libertad y se reunían con sus sicarios. La nueva ley vino a restringir radicalmente los contactos y la comunicación de los presos asesinando un duro golpe a la logística mafiosa. Los mafiosos no se quedaron parados e impulsaron una serie de protestas amparándose en la “crueldad” de estas medidas. Una de las iniciativas consistió en desplegar un cartel en el estadio de fútbol de Palermo en que se decía: “Todos unidos contra el 41bis”.

9. https://en.wikipedia.org/wiki/Article_41-bis_prison_regime.

Addiopizzio decidió pasar a la acción y el siguiente domingo desplegó un cartel similar en ese mismo estadio con su conocido lema: *Un intero popolo che paga el pizzio è un popolo senza dignita*. No estaban dispuestos a dejarse ganar la batalla ni permitir que los mafiosos defendiesen pública e impunemente sus demandas.

Ese día se encontraba en el estadio Giorgio Scimeca¹⁰, un pequeño comerciante, propietario de un bar, que se había negado a pagar el *pizzo* y había denunciado a su extorsionador. Pero en lugar de recibir apoyo y ayuda se encontró, al igual que Libero Grassi en su día, aislado por sus ciudadanos. Le gente no le saludaba, perdía cada día más clientes y se veía abocado al cierre de su establecimiento. Fue entonces cuando Georgio se decidió escribir un corto email a la dirección de Addiopizzio en el que simplemente decía: *Aiuto* (Ayuda).

Los siete integrantes acordaron reunirse en secreto con Georgio y en esa reunión conocieron de primera mano su historia y la situación que diariamente enfrentan cientos de miles de pequeños comerciantes forzados a pagar la extorsión a la mafia contra su voluntad. Tras ese encuentro tomaron la decisión de dar un paso adelante.

¡No estáis solos!

En mayo de 2005 deciden lanzar la campaña *Contro il pizzo, cambia i consumi*, que constituye la primera llamada a la ciudadanía para que ejerza un “consumo crítico”. Esta estrategia persigue dos objetivos muy concretos. El primero es apoyar a los pequeños comerciantes que hasta ese momento han resistido en soledad las presiones arriesgando su hacienda y, en ocasiones, su

10. <https://www.youtube.com/watch?v=SbHWc4oLsGs>.

vida. Addiopizzo quiere hacer llegarles un mensaje alto y claro: ¡No estáis solos! El segundo objetivo es una llamada colectiva a la responsabilidad de la ciudadanía. Todos pueden colaborar ejerciendo un “consumo crítico” realizando sus compras en aquellos establecimientos que se han negado a pagar el *pizzo*.

La campaña consigue 3.500 firmas de pequeños comerciantes y consumidores que se comprometen públicamente a apoyarla ejerciendo el “consumo crítico”. Se trata de un pequeño gran paso. Por primera vez un grupo de ciudadanos integrado por personas con nombres y apellidos, de diferentes ideologías, clases, edades, han alzado su voz en la plaza pública para decir ¡basta!

Tras el resultado de la campaña los miembros de Addiopizzo, que por estas fechas han constituido un Comité para dirigir las actividades de una iniciativa que paulatinamente va tomando la forma de un pequeño movimiento cívico, comienzan a darle vueltas a la idea de otorgar una especie de certificado a los comercios que públicamente hayan expresado su rechazo al *pizzo*.

Se trataba de una idea audaz, pero que no todos veían factible. En su haber cuenta con una tendencia, cada vez más extendida en la sociedad, favorable a un consumo más responsable, con un consumidor mejor informado y más sensible que no está dispuesto a apoyar marcas y productos en cuya producción se maltratan los derechos de los trabajadores o el medioambiente. Esa mayor sensibilidad de la sociedad está forzando a un creciente número de empresas a certificar sus productos para acreditar el cumplimiento de prácticas social y medioambientalmente responsables.

Todo eso es cierto, piensan, pero una cosa es certificar prácticas de producción responsables y otra, muy diferente, pedir a los pequeños comerciantes que peguen en sus escaparates junto al anuncio de las rebajas o el logo de TripAdvisor otro en el que digan que no van a pagar a la mafia.

Todos eran conscientes de que la “certificación antimafia” era un paso muy arriesgado, no solo por las posibles represalias a las que se enfrentarían los pequeños comerciantes por parte de la mafia, sino por las consecuencias que esa medida podía producir en el resto de los comerciantes que no la apoyasen. Una iniciativa de esta naturaleza se convertiría en un certificado de buena conducta que irremediablemente terminaría dividiendo a los comerciantes en buenos y malos. ¿Tenía sentido provocar una fractura de este tipo en la ciudad?

Nadie era ajeno al impacto que la certificación podía provocar, pero ¿acaso Libero Grassi no fue consciente de la reacción adversa que su comportamiento podía desencadenar en los mafiosos y entre sus conciudadanos? ¿No se trata, precisamente, de forzar públicamente a tomar una postura? ¿Está justificado ser neutral y equidistante ante determinadas situaciones?

Antica Focacceria San Francesco

La *Antica Focacceria San Francesco*¹¹ se encuentra en la Via Alessandro Paternostro, muy cerca de los *Quattro Canti*, uno de los lugares más emblemáticos de la ciudad vieja de Palermo, en donde se cruzan sus dos principales arterias: la Via Vittorio Emanuele y la Via Maqueda. No tiene pérdida. Sin embargo, estuve dando vueltas durante casi una hora sin encontrar la famosa *focacceria*, algo incomprendible para cualquiera que conozca la ciudad. Cometí la torpeza de preguntar por la calle y no por el establecimiento y, además, para abreviar, decidí eliminar el nombre de Alessandro y quedarme solo con el apellido.

–“¿Si prega, via Paternostro?”– y la gente muy amable me señalaba en dirección del Teatro Massimo. Al llegar a la calle me di cuenta que no había ninguna *focacceria*, ni vieja ni nueva, y comencé a despotricar contra las guías y los palermitanos. Tras consultar de nuevo mi *Lonely Planet*, caí en la cuenta de que no se pueden despreciar los nombres, pues en la ciudad de Palermo existe, también, una Via *Paolo* Paternostro.

Tras encaminarme, ahora sí, en la buena dirección, llegué por fin a la *Antica Focacceria San Francesco*, inconfundible pues frente a ella se encuentra la iglesia de San Francisco. La *Antica Focacceria* abrió sus puertas en 1834 y en sus mesas han departido escritores famosos como Pirandello, Guttuso o Sciascia. Es conocida por sus *panino con la milza* (bazo de ternera hervido en manteca y servido en panecillo) y, claro está, sus *focaccia*.

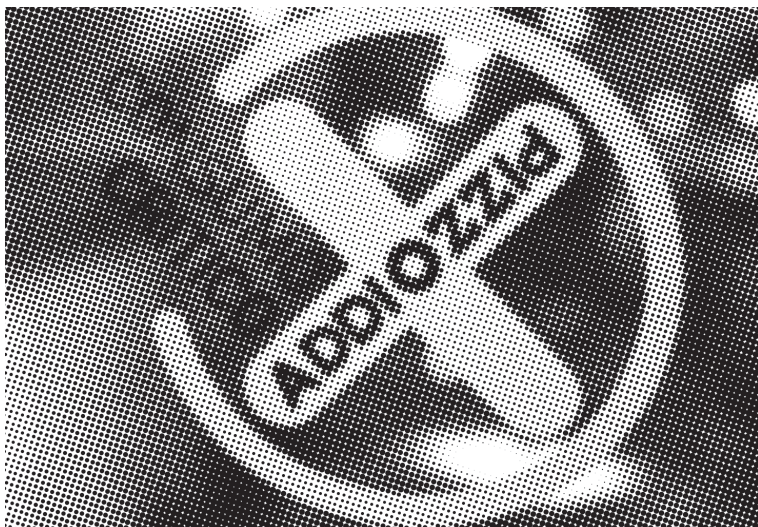
Pero la *Antica Focacceria San Francesco* no solo es famosa por su excelente comida siciliana, sino porque su propietario es uno de los contados comerciantes que se negó públicamente a pagar el

¹¹ <http://www.anticafocacceria.it/it/>

pizzo y denunció a sus extorsionadores. En el año 2005 Vincenzo Conticello, de 50 años, dueño de la *focacceria*, acusó a cuatro mafiosos de solicitarle el *pizzo* a cambio de protección. Desde entonces vive bajo vigilancia de la policía. Sin embargo, en noviembre de 2007 tuvo la alegría de ver condenados a los cuatro sicarios que le extorsionaron a un total de 50 años de prisión, sin posibilidad de apelación.

Un sello contra la mafia

La empresa de Vincenzo Conticello es uno más de los 1.026 establecimientos de Palermo que luce en su escaparate un adhesivo con un dibujo de una cruz enmarcada en una circunferencia. La cruz tiene escrito en uno sus travesaños la palabra *Addiopizzo* y en el otro *Consumo Critico*.



Logotipo que lucen los escaparates de los comercios que se comprometen a no pagar el *pizzo* y a denunciar a los extorsionadores.

Como explica Danielle Marannano, uno de los de los estudiantes que iniciaron el movimiento en el año 2004 e integrante del *Comitato de Addiopizzo*, el órgano de dirección de la asociación: “Al principio nuestras actividades se limitaron a denunciar la extorsión. La mafia era un fenómeno muy extendido en todos los estamentos de la sociedad y del que, sin embargo, no se hablaba. Interesaba sacarlo a la luz. Pronto nos dimos cuenta que la denuncia no era

suficiente e impulsamos las actividades de apoyo a los comerciantes que habían dado un paso adelante y se habían comprometido a no pagar el *pizzo* y a denunciar a los extorsionadores.”

Para evitar enfrentarse a los comerciantes “no comprometidos” Addiopizzo ha optado por una estrategia de no confrontación. “Es importante –aclara Ermes Ricobbono, miembro también del *Comitato*– subrayar que nuestra campaña no es una campaña de boicot a las empresas que no colaboran sino una campaña que pretende poner en valor a los empresarios virtuosos. Es decir a todos aquellos que no pagan el *pizzo* y denuncian el fenómeno extorsivo”.

Además del sello, la organización ha impulsado un movimiento entre los ciudadanos para concienciar sobre el consumo crítico y favorecer a los establecimientos que luchan activamente contra la extorsión. “Nuestra intención –apunta Edoardo Zaffuto, que trabaja en Addiopizzo Travel– no se concentra exclusivamente en los comerciantes sino en todos los ciudadanos. Todos tenemos muy presente la historia de Libero Grassi. No solo su ejemplo sino también muy vivo el recuerdo de la falta de apoyo que tuvo por parte de la ciudadanía. Le dieron la espalda los políticos, los comerciantes, las asociaciones y muchos de sus conocidos. No tuvo apoyo de nadie, aparte de su familia, y no queremos que vuelva a suceder algo así. Por eso hemos creado una red de apoyo ciudadano a los comerciantes”.

Un total de 13.017 personas, con nombre y apellido¹², han suscrito hasta la fecha el manifiesto en favor del consumo crítico (*Manifiesto del cittadino consumatore per la legalità e lo sviluppo*) en el que declaran: “como ciudadano y consumidor, conocedor de mi capacidad y responsabilidad, me comprometo a adquirir los productos y servicios de aquellos empresarios, comerciantes y profesionales

12. <https://www.addiopizzo.org/index.php/elenco-firmatari-manifesto-consumo-critico/>.

que se han negado a pagar el *pizzo* o que habiendo sido objeto de extorsión la han denunciado”.

Los establecimientos que deseen adherirse a la red de Addiopizzo deben solicitarlo, manifestando por escrito su rechazo a pagar el *pizzo* y su compromiso de cumplir con la legalidad. El solicitante tiene que pasar varias entrevistas con los responsables de la asociación, en las que se recaba y contrasta la información. Si la entrevista es positiva el establecimiento es incluido en la lista y tiene derecho a exhibir el sello. El uso del mismo es gratuito, Addiopizzo no obtiene ningún ingreso del comerciante.

Entre esos 1.026 comercios se encuentran cines, discotecas, zapaterías, editoriales, farmacias, galerías, agencias inmobiliarias, tintorerías, peluquerías, autoescuelas, droguerías, carnicerías, clínicas, panaderías, perfumerías, agencias de viaje, fruterías, peluquerías, tiendas de ropa, etc. Addiopizzo ha elaborado unas “Guías para el consumidor crítico” (*La guida per il consumatore critico*) con una introducción que recoge las palabras de Libero Grassi en la famosa entrevista de Samarcanda y en la que aparecen relacionados los comercios clasificados según el sector de actividad y con su dirección. La organización ha elaborado unos mapas de la ciudad de Palermo, en distintos idiomas, pensados para los turistas, en los que están localizados los establecimientos adheridos a la red (*Mappa pizzo-free*).

En la lista no figuran grandes empresas ni marcas conocidas. Se trata, en la mayoría de los casos, de pequeños comerciantes, autónomos, pymes de no más de diez empleados, profesionales por cuenta propia o jóvenes emprendedores. Esta aparente debilidad, en realidad, es la principal fortaleza de este movimiento, que se va extendiendo capilarmente por toda la ciudad como una lenta pero imparable mancha de aceite.

La gran tentación es pensar que el cambio cultural contra la mafia se conseguirá gracias a campañas de *marketing* aparatosas, con el apoyo

de los políticos o sumando a las grandes empresas u organizaciones empresariales. Lamentablemente la experiencia enseña que en estos grupos no siempre es fácil separar el grano de la paja. No pocas veces los grandes gestos suelen esconder estrategias oportunistas que se evaporan tan pronto estas dejan de rendir los réditos esperados. Addiopizzio tuvo ocasión de comprobarlo cuando Roberto Helge¹³, el presidente de la cámara de comercio de Palermo, que, inicialmente, acogió el movimiento con una enorme frialdad, posteriormente se convirtió en el paladín de la lucha contra la mafia y, finalmente, terminó siendo arrestado acusado de extorsión.

La colaboración de la gran empresa con la mafia suele adquirir otras modalidades distintas del *pizzo*. Normalmente el contacto se inicia cuando la empresa quiere invertir en un determinado territorio o acudir a una licitación pública. El manual no escrito recomienda en estos casos dirigirse al *capocosa* de la zona, que es la persona competente para otorgar la “licencia para operar” a cambio de algún pequeño “favor”: un porcentaje de los beneficios o la contratación de determinados servicios a proveedores locales controlados por la “familia”.

Algunas grandes empresas han dado pasos concretos para apoyar la lucha activa contra la mafia, como la empresa Italcementi, que desarrolló su propio código antimafia para “expresar y subrayar sin reservas el rechazo a cualquier relación con el crimen organizado”.

Estas iniciativas son interesantes, pero todo cambio verdaderamente revolucionario, y no otra cosa persiguen en Addiopizzo, debe surgir del compromiso personal de miles de ciudadanos. Solo ese conjunto de pequeñas acciones, cada una de las cuales refleja una batalla con la propia conciencia, puede crear una argamasa que genere un cambio radical y duradero.

13. <https://www.20minutos.es/noticia/2393987/0/detenido-italia/lider-lucha-corrupcion/acusado-extorsion/>.

Comenzar desde la cuna

En Addiopizzo tienen claro que la batalla contra la mafia no se ganará mientras no se cambien las mentalidades. Por eso una de sus primeras líneas de actividad ha sido el trabajo de concienciación en las escuelas. Son conscientes de que el futuro va a depender de la respuesta de los más jóvenes. Llama la atención la claridad de ideas de estos jóvenes universitarios, cómo desde el nacimiento del movimiento tuvieron muy claro el papel crítico de la educación. “Hay que tener en cuenta –explica Edoardo– que la mafia es un fenómeno con tres caras. Está el elemento del territorio que tiene que ver con la política, los clanes se reparten el territorio y actúan al modo de una administración paralela al Estado. En segundo lugar se encuentra el elemento empresarial. La mafia es una organización que necesita gestionar y controlar grandes sectores de la actividad económica para sobrevivir. Y, por último, se encuentra el elemento cultural, que es el más difícil de combatir, porque se apoya en tradiciones y vínculos familiares. En Addiopizzo tenemos claro que hay que estar presente y combatir en esos tres ámbitos”.

En los comienzos acudieron a las escuelas de manera espontánea. Con el tiempo fueron los propios profesores y directores los que comenzaron a invitarles y, en la actualidad, las actividades de sensibilización forman parte del programa educativo de más de doscientas escuelas de la provincia de Palermo y centenares en el resto de Sicilia.

“Cada vez que entramos en una clase y comenzamos a hablar con nuestros hermanos más jóvenes, es como si volviésemos a comenzar de nuevo: con ellos volvemos a experimentar lo más valioso que tenemos y que la mafia trata constantemente de quitarnos: la confianza de que se puede construir una alternativa, ya que si todo el mundo hace algo... entonces podemos hacer mucho”.

El objetivo ha sido siempre proporcionar a los niños y adolescentes un punto de vista crítico sobre el mundo que les rodea. El enfoque es siempre el mismo: subrayar la responsabilidad personal de cada uno y hacer ver cómo a través de pequeñas acciones, como la de un consumo más crítico, se puede contribuir a cambiar las cosas. Esas pequeñas acciones están al alcance de cualquiera, incluso de los más pequeños, de los que no votan, de aquellos con los que nadie cuenta, “pero ya lo creo que cuentan”—exclaman con fuerza en Addiopizzo—. “Ellos tienen instrumentos eficaces contra la mafia y contra la cultura de la mafia”.

“Además —comenta Danielle— en las escuelas se encuentran los futuros emprendedores, los futuros comerciantes y cuanto antes tengan conocimiento de la situación mucho mejor. Para nosotros el ámbito escolar es estratégico. Compartir con ellos ciertas experiencias e historias es el mejor antídoto para enfrentarse con el poder mafioso”.

El poder de los niños puede ser muy grande. Vincenzo Conticello lo experimentó en carne propia cuando su hija le preguntó si pagaba el *pizzo* mostrándole el famoso adhesivo *Un intero popolo qui paga el pizzo e un poplo senza dignita*. “No, hija mía, yo no pago el *pizzo*”, le contestó. “Y pude notar la satisfacción reflejada en su cara al confirmar que su padre tenía dignidad”.

Turismo antimafia

Pero la asociación no solo ha alumbrado la mafia en los colegios, donde antes se consideraba un tema tabú, sino que la ha integrado en la oferta turística de la isla mediterránea. El camino para luchar contra la cultura de la extorsión ha sido, paradójicamente, convertir la extorsión en un producto cultural. En lugar de ocultar y pasar de puntillas sobre los aspectos menos atractivos de Sicilia, Addiopizzio los ha hecho visibles para los turistas.

Para ello creó Addiopizzio Travel¹⁴, una empresa social que tiene la doble misión de dar a conocer al turista (junto con toda la riqueza cultural y geográfica de la isla) los orígenes y actividades del movimiento antimafia y, además, apoyar a los establecimientos turísticos: hoteles, albergues, casas de huéspedes, restaurantes, empresas de alquiler de coches, bares, etc., que se han negado a pagar el *pizzo*. Se trata, como declaran en su web, de fomentar “una nueva manera responsable de viajar, sin pagar el *pizzo* y ayudando a los que han dicho que no a la mafia”.

El mensaje y la filosofía de la asociación es siempre el mismo. Todos, sin excepción, podemos contribuir, positiva o negativamente, a sostener el actual sistema de extorsión. Addiopizzo plantea abiertamente este dilema ético al turista, forzándole a elegir y dándole la posibilidad de contribuir a desarrollar un circuito turístico “limpio”.

Y la experiencia merece la pena. Yo mismo pude comprobarlo cuando visité la isla el pasado mes de diciembre. Mi primer alojamiento fue en la ciudad de Palermo, en Liola¹⁵, una casa

14. <https://www.addiopizzotravel.it/?sort=0>.

15. <https://www.addiopizzotravel.it/default.asp?p=alloggio&alloggio=120>.

de huésped cercana al Teatro Massimo, administrada por Luigi Torreta, un joven palermitano enamorado de su ciudad y gran conversador. El idioma para Luigi nunca ha sido una barrera, habla un aceptable español y lo que no sabe lo completa mediante expresivos gestos.

Muy cerca de su casa de huéspedes se encuentra el *mercato di Capo*¹⁶, uno de los más vistosos y concurridos de la ciudad. Constituye toda una experiencia pasearse a lo largo de la Via San Agostino escuchando los gritos y consignas de los comerciantes que tratan de atraer a los clientes y contemplar la explosión de olores y colores de los tenderetes.

Pero la principal ventaja de Liola es que se encuentra muy cerca de la sede de Addiopizzo, situada en la Via Lincoln 131, en un piso confiscado a Masino Spadaro, el capo mafioso de la Kalsa, uno de los principales barrios de Palermo. Nunca podría haberse imaginado Spadaro, el “Agnelli de Palermo”, como le gustaba llamarse a él mismo, que las oficinas que utilizaba para almacenar el contrabando de drogas se convertirían con el paso de los años en la sede de la principal organización que lucha contra la mafia.

16. https://www.tripadvisor.es/Attraction_Review-g187890-d1419018-Reviews-Mercato_del_Capo-Palermo_Province_of_Palermo_Sicily.html#photos;aggregationId=&albumid=101&filter=7&ff=113182904.

Viajando *pizzo-free*

La red de alojamientos de *Addiopizzo Travel* cubre los principales lugares turísticos de Sicilia. En Erice, la preciosa ciudad medieval sobre el monte Erys, encima de Trapani y frente a las islas Égadas, se contempla una de las vistas más extraordinarias de la costa siciliana, a un lado las salinas de Trapani y al otro lado el golfo de Castellammare con el Monte Cófano cerrando la vista como un inmenso mojón. En la Piazza del Carmine se encuentra Il Carmine¹⁷, un antiguo monasterio de los carmelitas completamente restaurado y convertido en un hotel. El actual hotel pertenece a la red de Addiopizzo y a la *Associazione Domus Carmelitana di Erice*, cuya finalidad es promover el turismo religioso y social.

También hay hoteles *pizzo-free* más convencionales, como el Grand Hotel Mosse en Agrigento, muy cerca del Valle de los Templos y del lugar donde Juan Pablo II improvisó el 9 de mayo de 1993, durante la celebración de la misa, el impresionante discurso contra la mafia¹⁸: “El pueblo siciliano, tan arraigado a la vida, que ama y da la vida, no puede vivir siempre bajo la presión de una civilización contraria, de la muerte. Hace falta la civilización de la vida. En nombre de Cristo crucificado y resucitado, que es camino, verdad, y vida, me dirijo a los responsables: ¡¡Convertíos, un día vendrá el juicio de Dios!!”, exclamó con fuerza Juan Pablo II. “Tienen que entender que no se puede matar inocentes. Dios dijo una vez, ‘No matarás’. ¡¡El hombre, cualquier organización humana, la mafia, no puede matar ni pisotear este derecho santísimo de Dios!!!”.

El exsecretario personal de Juan Pablo II, ahora cardenal Stanislaw Dziwisz, explicó en 2011 que Juan Pablo II “tan solo se

17. <https://www.ilcarmine.com/>.

18. https://www.youtube.com/watch?v=m_IxA4iqwaA.

enfadó de verdad dos veces en su vida”, y una de ellas fue en Agrigento “cuando habló contra la mafia”.

Pero, en general, la mayoría de los establecimientos de la red de Addiopizzo suelen ser casas de huéspedes. Como la casa rural de *La Frescura Agriturismo*, localizada en las afueras de Siracusa, muy cerca del *Parco Archeologico della Neapolis*, donde se puede admirar el espectacular teatro griego¹⁹ tallado en roca que domina la ciudad. Cada verano se sigue representando en el mismo escenario las obras de los grandes clásicos. Sentado en sus gradas y mirando la platea uno no puede evitar sentir cierto vértigo al percatarse que hace más de dos mil doscientos años este teatro fue testigo del estreno de *Los Persas* de Esquilo.

La casa de huéspedes de *Villa Ortensia*, en Aci Castello, es una estupenda opción para todos los que quieren conocer Catania y contemplar la majestuosa presencia del Etna dominando el paisaje. Erminia, su propietaria, hija de siciliana y griego, se muestra orgullosa de formar parte de la red de Addiopizzo y de ser siciliana. “Me encanta Sicilia, quiero mucho a mi país”, comenta mientras desayunamos. Y, es verdad, no lo puede ocultar. Me explica que para comprender este “país” hay que entender que Sicilia es como un mosaico hecho con piedras de distintos colores y tamaños. “Somos el país de las tres piedras, de los tres colores, de las tres culturas. Está la piedra arcillosa de Palermo, de color marrón, propia de la cultura árabe, que se utilizó para construir las grandes catedrales de Palermo y Monreale. Está la piedra blanca, asociada a la cultura normanda y que se puede ver en los edificios de Ragusa. Por último, está la piedra negra volcánica, que encuentran en todas las iglesias y palacios barrocos de Catania”.

Desde el aeropuerto de Catania se distingue a lo lejos el Etna. Es una imagen imponente cuya presencia acompaña diariamente a

19. <http://bajoelsoldesicilia.blogspot.com/2014/08/teatro-griego-de-siracusa.html>.

todos los cataneses. Está ahí, erguido, vigilante, como a la espera. Su actividad puede ser destructiva o benéfica. Puede entrar en erupción violenta, devastando vidas y propiedades, o expulsar suavemente la lava por sus laderas fertilizando los terrenos adyacentes. Estos dos rostros del Etna bien podrían representar la encrucijada de esta hermosa isla. Por una parte, la mafia, con su cara agresiva y perversa. Por otra, los *raggazi* de Addiopizzio, con su ejemplo valiente, sencillo, constante y luminoso. Antes de tomar el avión de regreso a España, vuelvo a echar un último vistazo a la montaña. Aunque estamos a mediados de diciembre, el día es espléndido y el cielo se encuentra despejado. Se divisa con claridad la cumbre nevada con algunas pequeñas fumarolas. Se despide serena, plácida, sonriente. Sin duda se trata de un buen presagio.

Epílogo

El compromiso con la verdad y la justicia nunca ha sido una tarea sencilla. Se suele citar la muerte Sócrates como un ejemplo del destino que aguarda a todos aquellos que buscan y persiguen la verdad hasta sus últimas consecuencias. El mismo Platón, en el último párrafo de la famosa alegoría de la caverna, previene al filósofo del riesgo de mostrar la verdad desnuda: “Y si intentase desatarlos y conducirlos hacia la luz, ¿no lo matarían si pudieran tenerlo en sus manos?” (*República*, VII, 517a).

Probablemente Leo Strauss haya sido el pensador que con más extensión y profundidad ha reflexionado sobre las tensiones entre la búsqueda de la verdad y el riesgo de perder la vida. Para el profesor alemán, hijo de un piadoso comerciante judío, la actividad de los filósofos, aunque se puede predicar también de la actividad de todos aquellos que persiguen la verdad y denuncian las injusticias, constituye un peligro constante en la medida en que sus indagaciones cuestionan y ponen en peligro el orden establecido. La ciudad –hoy diríamos: el Estado– no está preparada para resistir la intensidad de luz que proyectan estas personas.

Para Strauss, si los buscadores de la verdad y defensores de la justicia quieren seguir viviendo en la *polis* (y no es necesario recordar que para los griegos el destierro de la *polis* era aún más doloroso que la muerte violenta), no les queda otra alternativa que convertirse en sofistas (políticos). Y ello obligaría, a juicio de Strauss, o a renunciar a la búsqueda de la verdad; o a desarrollar una doble vida: enseñar la verdadera ciencia a unos cuantos elegidos (enseñanza esotérica), por un lado, y reservar para el vulgo un conocimiento más edulcorado (enseñanza exotérica), por otro. Solo si el filósofo es capaz de hacer esa restricción mental entre lo que comunica a los muchos y lo que comunica a los pocos, conseguirá sobrevivir en la ciudad sin renunciar a su vocación orientada a la búsqueda de la verdad.

Por tanto, para Strauss, la única alternativa coherente para sobrevivir a las amenazas a la propia vida y mantener el compromiso con la verdad es mantener una doble vida y/o un doble discurso.

Otra filósofa, Hannah Arendt, también alemana y de padres judíos, con igual capacidad intelectual y superior coraje moral, mostrará que el dilema planteado por Strauss es, en realidad, una falsa disyuntiva. Pues existe una tercera alternativa, distinta de las antes mencionadas: el que busca la verdad y persigue la justicia también puede aceptar el riesgo de una muerte violenta.

De hecho, la muerte de Sócrates no supone el fracaso de la búsqueda de la verdad y la justicia sino su sello definitivo, piensa Arendt. Como explicará en su famoso texto *Verdad y política*²⁰, redactado a raíz de la controversia surgida tras la publicación de *Eichmann en Jerusalén*, la aceptación de la muerte fue el argumento más persuasivo del filósofo griego. Cuando Sócrates se negó a huir para evitar su muerte (hacerlo hubiese sido negar el principio de que “es mejor padecer el mal que hacerlo”), convirtió un juicio teórico o especulativo en verdad ejemplar, y transformó por ello la verdad filosófica en un principio inspirador de la acción política.

En otro de sus famosos libros, donde Arendt escribirá las semblanzas de un conjunto de personajes (Rosa Luxemburgo, Juan XXIII, Isak Dinesen, entre otros) cuyo único rasgo en común es haber proyectado luz en tiempos de oscuridad, insistirá la filósofa en el valor del ejemplo frente a la teoría al afirmar que “incluso en los tiempos más oscuros tenemos el derecho a esperar

20. El artículo “Verdad y política” está incluido en el libro *Entre el pasado y el futuro* (existe una edición en castellano en Editorial Península, 1996) y como declara la propia Arendt, “surgió de la enorme cantidad de mentiras que se usaron en la controversia sobre Eichmann”.

cierta iluminación que no llegará de teorías y conceptos sino de la luz incierta, titilante y a menudo débil que irradian algunos hombres y mujeres en sus vidas y sus obras, bajo casi todas las circunstancias y que se extiende sobre el lapso de tiempo que les fue dado en la tierra”²¹.

Arendt nunca aceptó la restricción mental de algunos intelectuales y políticos que intentaban vestir de prudencia lo que para ella encubría falta de coraje, pues sin coraje no es posible abrazar la verdad y sin verdad desaparece el sustento de la vida en la *polis*. La verdad en el ámbito de la política está constituida por nuestras acciones y discursos. Solo a través de la acción y del discurso ante sus iguales el hombre adquiere naturaleza política.

Un discurso y una acción que por definición son únicos e irrepetibles, y cuya función no es tanto la conquista del poder, realidad siempre frágil y provisional, como conseguir hacerse un nombre que permanezca en el recuerdo de los demás. La inmortalidad no se alcanza buscando la seguridad de una vida tranquila –todos los hombres hemos de morir–, sino mediante la realización de acciones que busquen pervivir en la memoria de los demás.

En el que probablemente sea su libro más conseguido, *La condición humana*, observará Arendt: “Quienquiera que conscientemente aspire a ser esencial, a dejar tras de sí una historia y una identidad que le proporcione fama inmortal, no solo debe arriesgar su vida, sino elegir expresamente, como hizo Aquiles, una breve vida y prematura muerte”.²²

21. *Hombres en tiempo de oscuridad*; Arendt, H; Edit. Gedisa, 1990.

22. *La condición Humana*; Arendt, H; Edit. Paidós, 1974.

